

A mí

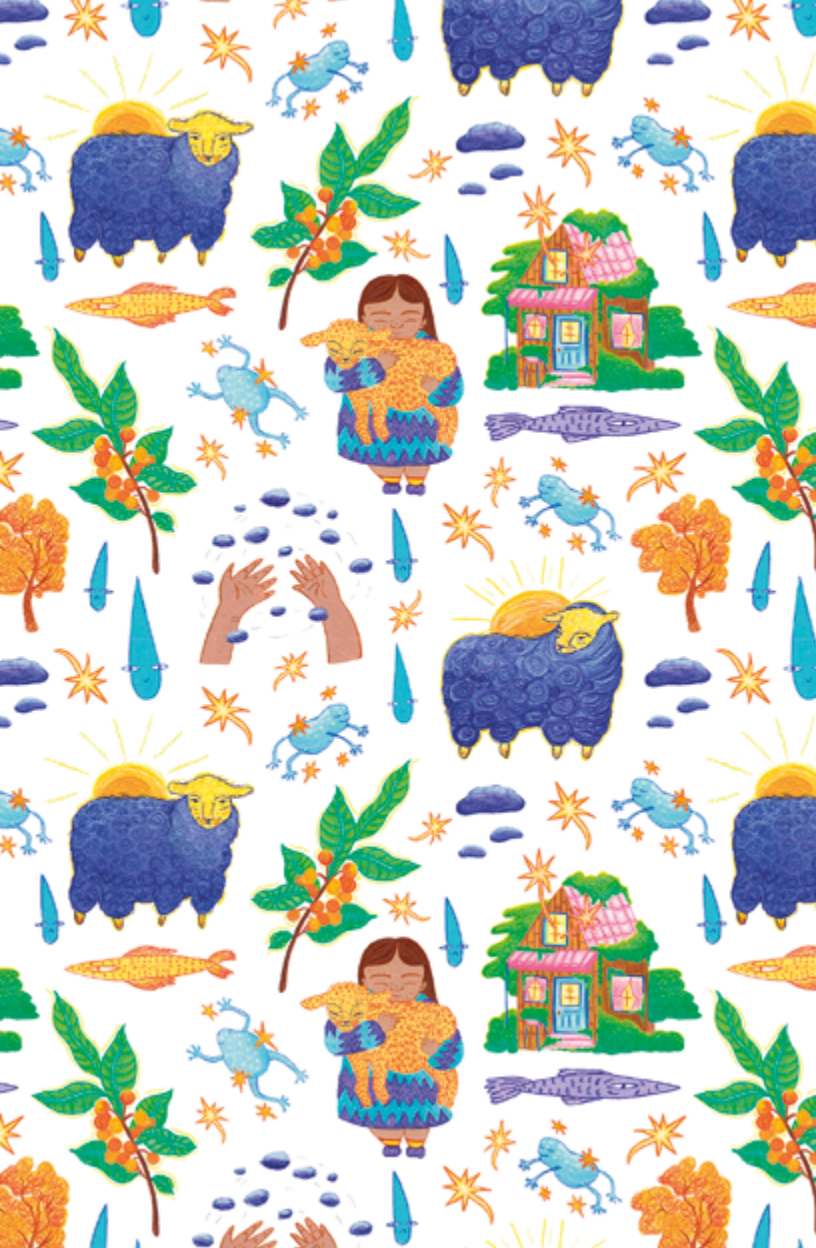
me gusta

mucho

el mar

(lástima que todavía  
no lo conozco)







# A mí me gusta mucho el mar

(lástima que todavía  
no lo conozco)

Violeta Olarte Rebellón



**SIC  
SEMPER**  
*ediciones*



Autora: Violeta Olarte Rebellón

Violeta Olarte Rebellón (2022), basada en el proyecto doctoral de artes y educación *Feliz coincidencia*, realizado por Miguel Tejada Sánchez en colaboración con la profesora Jenny Alexandra Morales y un grupo de estudiantes de la Institución Educativa Juana de Cayzedo y Cuero, en Cali, Colombia.



[https://www.mtejadasanchez.com/feliz\\_coincidencia](https://www.mtejadasanchez.com/feliz_coincidencia)

Editor: Miguel Tejada Sánchez



Libro ganador de la Convocatoria al talento editorial  
(Oromo Café Librería, 2022).

El título de este libro es una frase de Osiris Elías Ospina,  
que en 2020 cursaba el séptimo grado de educación  
secundaria en la Institución Educativa Juana de Cayzedo  
y Cuero.



ISBN: 978-958-49-9872-9

Primera edición, julio del 2023

Ilustraciones: Violeta Olarte Rebellón

Diseño y diagramación: Cuántika Studio S.A.S.

# Intenciones

Escribimos esta historia a través de audio cartas, yo mirando por la ventana desde la pesadilla pandémica y los chicos y las chicas en sus casas, encerrados y aburridos como micos, pensando y pensando, extrañando la escuela, de pronto. Quién sabe. Un día le dije a la profesora Jenny, mi amiga, que teníamos que inventarnos una historia mientras pasábamos aquellos días malos y largos y dolorosos. Tuve que soñar con el duende, con el monte, con la patasola y con esa rareza delirante que serpentea entre lo perdido y lo nuevo: la guerra, vieja conocida que duele y espanta. Imaginé a esos niños y a esas mujeres viviendo dentro de mi corazón, donde están muchos de mis recuerdos y mis inquietudes; la lejanía de los pueblos, la lejanía del mar, la guerra entre lejanías, la guerra que va y viene, los viejos señores desmemoriados pero avispadados, los gestos de sabiduría metafórica de las mujeres, el amor y la fuerza, la prudencia, la valentía; la gata Pepa, la gata que cuidaba a mi madre, y el mar, otra vez el mar, que está y no está. Mar invocado, mar extrañado. Cada carta era un recuento de sueños y presentimientos, y un lugar idóneo para las intuiciones que salvan vidas. Cada carta fue un gesto de afecto, de comunicación, en medio de la incertidumbre pandémica y la debacle global, que estaba anunciada.

**Miguel Tejada Sánchez**

.....  
\* Se pueden escuchar en este enlace:  
[www.mtejedasanchez.com/audiocartas](http://www.mtejedasanchez.com/audiocartas)

Un niño o niña puede saber que el brócoli sabe a árbol desde mucho antes de haberlo probado, o que el mar es su lugar favorito desde mucho antes de conocerlo. Sucede porque en la infancia se fundan los primeros mundos simbólicos, ubicados en un lugar intermedio entre lo real y lo imaginario. Para llegar a ese lugar, siendo adultos, debemos crear universos simbólicos que dialoguen con las infancias. Ese fue el reto de este libro: hablar sobre la guerra con niños, niñas y adolescentes, a través de símbolos que representan la crueldad, la fuerza y la esperanza. En el universo de este libro las estrellas tienen su propio lenguaje, las vacas dan leche de fresa, los sueños son fibras de plantas mágicas que se tejen y las ranas son ángeles que saltan de charcos secretos. Estos símbolos fueron creados, en un principio, por Miguel y un grupo de niños y adolescentes de la Institución Educativa Juana de Cayzedo y Cuero, y finalmente fueron unidos, como piezas de un rompecabezas, por mí, que pude aportar y traducir, desde mi palabra e imaginación, el ejercicio de memoria que habían hecho en colectivo dos años atrás a través de audiocuentos, dibujos y juegos.

**Violeta Olarte Rebellón**





Contenido

9



El gigante que  
cayó del cielo



13

Sueños

17

Las preguntas





22

Los animales



28

La huida



34

¿Dónde está  
Tiberio?



# El gigante que cayó del cielo

Frente a la iglesia, un poco antes del amanecer, apareció. Estaba acostado boca arriba con las manos abiertas hacia el cielo. Era un señor largo y grande como un gigante.

“No estaba ahí anoche” dijo Don Oliverio, el señor que cuida la escuela; “apareció por arte de magia” dijo Lina, la vecina, “el cielo hizo ¡bam! y se abrió, y de repente estaba aquí, fue como si lo hubieran lanzado los extraterrestres” dijo Manolo, el de las loterías; “será un ángel” dijo doña Rut, la señora que recoge la limosna en la iglesia.

—Oiga señor, ¿usted cómo se llama? —le dijo el niño Tiberio al hombre, que seguía acostado en el piso.

—Tengo un nombre pero... se me olvidó —respondió el señor mientras se rascaba la cabeza.

—Y...¿de dónde viene? —continuó la niña Nina.

—Tengo una casa, pero... no la recuerdo —el señor seguía rascándose la cabeza mientras se ponía de pie.

—¿Cuántos años tiene? —Tiberio insistía en hacer preguntas.

—He vivido mucho, pero... no me acuerdo de nada —respondió el señor mientras observaba con asombro todo a su alrededor.

—Mucho gusto, mi nombre es Tiberio —dijo el niño mientras él y su hermana le extendían las manos para levantarlo.

—Yo soy Nina y ella es mi gata, Pepa —agregó Nina y con una mano alzó la patita de Pepa para que saludara también.

—Mucho gusto, niños —respondió el señor mientras se sacudía el polvo.

Era verdad que el señor no recordaba nada de su vida, era como si fuera un bebé, como si hubiera nacido esa madrugada al pie de la iglesia y el niño

Tiberio lo hubiera despertado de un largo sueño. Los niños le mostraron el pueblo, el parque y el camino a casa. Le enseñaron los nombres de las cosas: hola, Guayacán; buenos días, café con leche; mucho gusto, mamá gallina y pollitos. El señor era un gigante con caderas grandes, barbas blancas y manos rosadas, no tenía dinero ni traía casi nada consigo, excepto por un instrumento muy bonito; un palo de lluvia pequeño que guardaba en uno de sus bolsillos. El gigante, aunque no tenía memoria, no podía dejar de pensar en una canción que hablaba sobre una tierra muy hermosa donde todo se olvidaba y sonaba un poco a mar, un poco a árbol, un poco a pájaro y un poco a selva. Era como un hechizo, tal vez; una canción que hacía olvidar las cosas tristes.

Tenía bongos: ta-ta-tara-ta-tu-tán-tán-tán.

Guitarras: ran, ran, raaaaaan.

Viento: Foosssh, fooossh.

Y lluvia: plup, plup, plup.

o... algo así.

Al llegar a casa, mamá Magnolia le ofreció aguapanela con queso y una camita donde dormir mientras recuperaba la memoria. Abuela Rosa le prestó una colcha, pero no cualquier colcha, una colcha de sueños para que estuviera calentito y soñador toda la noche. Nina y Tiberio se fueron a dormir en su cuarto de cielo estrellado, y la abuela y la madre tejieron hasta la madrugada. Esa noche, el señor gigante se acostó con la ilusión de despertar al día siguiente y recordar de nuevo su vida, verla completa, como quien ve una película, en algún sueño.



# Sueños

Todos soñamos. Sueñan las ranas con saltar más allá de las montañas para nadar en el mar, las gallinas con aprender a volar y subir a las copas de los árboles; los pájaros sueñan con ver el sol de frente y los ancianos con volver a los pueblos que los vieron crecer. Sueña el señor gigante con recuperar su memoria y, en la casa, mamá, abuela, Tiberio y Nina sueñan también.

Por la noche, cuando duerme, Tiberio sueña que habla con las estrellas. Las estrellas conocen los secretos del universo y, cuando hay silencio y todos dormimos, se los revelan a quien quiera escucharlos. Al despertar, casi todos olvidamos esos secretos, pero Tiberio no. Tiberio recuerda muy bien lo que le dicen las estrellas y, mientras no le cuente a nadie lo que conversa con ellas, seguirá escuchándolas cada noche, haciéndoles preguntas y pidiéndoles consejos.



Mientras tanto, Nina sueña que puede mover piedras con la mente. Pero no piedras pequeñas, como las que nos caben en la mano, sino piedras muy grandes, piedras del tamaño de una montaña. Alguna vez, mamá le contó que más allá de las montañas estaba el mar, inmenso y hermoso, a veces azul oscuro, a veces azul claro, a veces tranquilo y a veces agitado. El mar era una gran extensión de agua que le daba la vuelta a todo el mundo y, cuando regresaba, se estrellaba con las montañas o se extendía suavemente sobre la arena, formando pequeños arbustos de espuma, como nubes sobre la playa. Nina soñaba que podía mover las grandes rocas montañosas y abrirle un camino al mar. Nina soñaba que el mar entraba al valle y entonces las personas y animales del pueblo podían jugar en la playa y nadar en aguas de colores.

La madre y la abuela de Nina y Tiberio saben tejer historias y sueños. Son como telas muy finas de colores brillantes. Hay sueños pesados y sueños suaves. Ellas tejen por la mañana, mientras oyen música en la radio, y por la tarde, mientras toman café y el señor gigante hace la siesta en una hamaca, y ronca y ronca hasta que ya es de noche y empiezan a sonar las ranas, cru, cru, cru, cru. A veces, personas que vienen de otras partes les

compran esos sueños, pero ya casi nadie visita el pueblo y las personas del valle no quieren comprar sueños, quién sabe por qué. Porque son muy costosos, porque no creen en ellos, porque los encuentran inútiles o porque son muy grandes y no tienen espacio en sus vidas para ellos.

Mamá y abuela sueñan con el día en que todo vuelva a ser como antes. La plaza del pueblo llena de personas celebrando cualquier cosa, cascabeles y collares de piedras sobre el césped, títeres, música, fresas con crema de leche, ovejas y caballos que corren desenfrenados alrededor de los niños. Ahí estarían, mamá y abuela, vendiendo sus tejidos de sueños. Y, con las ganancias, podrían arreglar la casa, tener animales, un carrito pequeño y una biblioteca (porque todas las casas necesitan una biblioteca).

¡Kikiri–kiiii!

¡Kikiri–kiiii!

Cantan los gallos y todos despiertan del sueño.

Mamá y abuela se ponen a tejer, el señor de caderas grandes prepara la comida y Tiberio y Nina

desayunan muy rápido para irse al colegio, que está en lo alto de una colina. Caminan de ida y vuelta todos los días, a veces Nina se detiene a acariciar a las ranitas que saltan por todas partes y siempre están misteriosamente húmedas, como si acabaran de salir de un charco secreto, del río o —¿por qué no?— como si vinieran del fondo del mar.



# Las preguntas

En la escuela, los compañeros de Nina le hacen muchas preguntas.

—Oye, ¿y de dónde sacan esos hilos de colores tu mamá y tu abuela? —le dicen las niñas del salón.

—¡Muy fácil! crecen en las ramas de los árboles que están plantados alrededor de nuestra casa. Cuando quieran, pueden ir a visitarnos y les muestro todo lo que hay: las enredaderas brillantes, los tejidos de abuela y mamá, y Pepa, la gata con alitas de murciélago.

—Sí, claro, ¡y en mi casa tenemos nubes de leche y cerditos voladores! ¡Ja, ja, ja! —las niñas se ríen y Nina se pone roja como un tomate maduro.

—Si no me creen pues vayan a verlo con sus propios ojos —responde Nina con una retadora mueca.

Las niñas se quedan calladas un momento y se miran entre ellas.

—Es que mi papá no me deja ir a esa parte del valle  
—dice Sara, la niña alta como jirafa.

—Mi mamá tampoco —dice Lucy, la niña de rizos color chocolate.

—Mi hermano dice que es mejor no arrimarse por esos lados —agrega Laura, la menor de todas.

Mientras tanto, los amigos de Tiberio también le hacen muchas preguntas:

—Oye, y ese señor grandote que vive en tu casa... ¿es tu abuelo? ¿tu papá? —dice Alejo, el niño que siempre está comiendo mango. Tiberio se ríe.

—El señor gigante ya estaba allí antes de que todos llegaran. Mucho mucho antes, pero es un antes de antes y de antes y nadie se acuerda —responde Tiberio y abre su cuaderno para no responder más preguntas.

Los niños se rascan la cabeza. Todos se rascan la cabeza ¿Tendrán piojos? ¡No! Lo que pasa es que

cuando uno intenta acordarse de algo se tiene que rascar la cabeza, a ver si de pronto los recuerdos se despiertan.

En la noche, la abuela de los niños les cuenta historias sobre el sur.

—En el valle había un tren que iba al mar y regresaba cargado de comida, de regalos y herramientas para construir casas y escuelas. A veces el tren iba al sur, y regresaba con muchas personas que venían a vivir al valle —cuenta la abuela con una sonrisa.

—¿Y cómo es allá, abuela? ¿Hay animales en el sur? ¿Cómo son los árboles? —pregunta Nina.

—El sur es hermoso, pero allá han pasado cosas muy tristes. A mucha gente le han quitado todo, las casas, la tierra para cultivar; les han quitado los sueños. Por eso, mamá y yo tejemos, para que las personas puedan recuperar la alegría y la ilusión.

—¿De allá vienen mamá y tú, abuela? ¿Dónde vivían antes de llegar al valle? —pregunta Tiberio.

—Vivíamos en un lugar muy lindo, pero esa historia se las contaré después, después —la abuela suspira, suspira hondo.

—Abuela, el cri cri cri de las ranas no me deja dormir —se queja Nina.

La abuela le acaricia la cabeza y le cubre las orejas con sus manitas arrugadas. Nina oye que el cri cri cri de las ranas se aleja, se desvanece, y ella se va tras de él, para escuchar al mundo sonar como el agua, como el sueño que tanto le gusta, en el que el mar entra al valle.

La abuela les da un beso y apaga la luz. Pepa, la gata con alitas de murciélago, se acuesta junto a los pies de Nina, enroscada sobre su cola. El niño Tiberio abre los ojos en la oscuridad y ve cómo las estrellas aparecen sobre el techo. Al fondo, se escucha la voz de la madre conversando con la abuela:

—Es cuestión de tiempo para que lleguen —susurra la madre.

—Shhhh, que los niños aún no se duermen —la abuela mucho más bajito.

Esa noche, Tiberio sueña con un cielo de color violeta en el que vuela una bandada de pájaros. Muy pronto, el horizonte se llena de esas siluetas que aletean y revolotean. Son tantas, piensa Tiberio, que no alcanzaría uno a contarlas en toda la vida. Las aves, que tienen patas cortas, alas muy grandes y una cabeza como de pato, se posan sobre la tierra y empiezan a caminar como si fueran soldados. Algunas se dedican a dar picotazos a las plantas, a las flores; otras saltan entre los árboles, muerden los hilos de colores y los escupen con rabia. Las estrellas, entre la bruma de las nubes, se asoman para decirle: es cuestión de tiempo para que lleguen.





# Los animales

Una mañana apareció una vaca en el patio de la escuela. Nadie supo de dónde salió. Tenía una pequeña placa de metal amarrada al cuello con un nombre grabado sobre ella: Mugencia. La vaca paseaba por el colegio como si fuera una estudiante o una profesora. Don Oliverio le hacía “chu, chuuu” a Mugencia y la asustaba con una vara de guadua, pero ella le saca la lengua y le menea la cola. Los niños se ríen y la profesora se rasca la cabeza. Dos niños que tienen padres campesinos intentan ordeñarla, pero Mugencia no se deja, no le gusta que la molesten; prefiere pararse bajo la sombra de un árbol de mango y masticar hierba fresca.

La profesora se le acerca y le ofrece un poco de agua, pero Mugencia voltea la cabeza. Luego le silba como si fuera un pajarito, fi fifué-fi fifué. Mugencia la mira y por primera vez no parece enojada. Con más confianza, la profe le estira una mano y la vaca le da un lengüetazo. Los niños, que

están reunidos a unos pasos, pegan un grito y arman la guachafita. Mugencia voltea otra vez la cabeza, asustada por el bullicio. La profesora nota que la vaca tiene marcadas unas letras en uno de sus costados, sobre el costillar. Son tres letras: C U A. "C, U, A", dice la profe en voz alta.

—Don Oliverio, ¿usted ha visto algo así antes? — pregunta la profesora.

—Está quemada, con eso que marcan a las vacas. Mucha suerte con la nueva mascota, tengo mucho que hacer —responde Don Oliverio y se va caminando hacia la entrada del colegio.

.....  
\* Aquí están invertidas las siglas AUC, que aluden a las Autodefensas Unidas de Colombia, una agrupación paramilitar que, con el pretexto de combatir a las guerrillas de izquierda, perpetró masacres, secuestros, violaciones y torturas entre finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI. Con este gesto, los profesores incluyeron en la trama del relato a los "patos", que actuaban como victimarios: invadiendo, asaltando, generando terror. Y en otro contexto pero sin alejarse del cauce histórico, la decisión de que estos personajes fueran aves se relaciona con la existencia de "Los pájaros", los asesinos y asaltantes de corte conservador que pelearon a muerte contra campesinos y personas de ideas liberales o de izquierda, durante los años de violencia a mediados del siglo XX [nota del editor].

Los niños están intrigados: ¿qué significaban esas letras? ¿Sería el nombre del dueño? ¿O el nombre del lugar de donde viene Mugencia? ¿O sería algún mensaje extraterrestre que no entendían? ¿Quién le escribió eso?

Por la tarde, Tiberio y Nina le cuentan a la abuela sobre Mugencia.

—¡Apareció de la nada! —cuenta Tiberio, muy emocionado.

—Es toda rosada como leche de fresa —agrega Nina.

—Hacía moooooo y miraba feo a la profesora —continúa Tiberio.

—Y luego llegó don Oliverio y le mostró la cola y, y...

—Nina se detiene al ver al señor gigante entrar a la casa con cara de circunstancia.

—Perdón por interrumpir, pero hay un gallo en el patio. ¿Es de alguno de ustedes? —pregunta el señor gigante mientras se rasca la cabeza.

—¿UN GALLO? —exclaman Tiberio y Nina en coro con las bocas bien abiertas.

—¡Un gallo rojo lo más de hermoso! —dice el señor y empieza a caminar en círculos como cuando quiere recordar una canción, pero... no recuerda nada.

Los niños salen corriendo al patio. La abuela se levanta de su silla, despacio, con la espalda un poco adolorida, camina lentamente y, cuando llega al patio, los niños ya están embelesados con el animal.

—¿De dónde vienes? —le pregunta Tiberio mientras le acaricia las plumitas de la cabeza.

—¿Tienes nombre? —Nina lo mira fijamente a los ojos.

— Prrrr, prrrr —ronronea Pepa y da vueltas a su alrededor para saludarlo.

El gallo ladea la cabeza como si tratara de entenderlos. Después extiende sus alas, su gran plumaje, y de un salto se encarama a la mesa donde la madre y la abuela de los niños trabajan en los tejidos de sueños. El gallo se recuesta sobre un montoncito de hilos de colores y cierra los ojos, cansado, somnoliento.

—Puedes quedarte esta noche acá, pero mañana tienes que contarnos de dónde vienes —le dice Tiberio.

—No vayas a dañar nada, no vayas a comerte los tejidos, porque... —el niño se detiene al ver la reacción del gallo, que se sacude, abre un ojo y lo mira. Tiberio le guiña un ojo y se ríe.

El sol comienza a ocultarse. En la casa, mamá y abuela han batido ya el chocolate, los niños cortan el pan y el señor gigante lava el queso antes de servirlo. Esa noche, después de cenar, la madre y la abuela se quedan hablando hasta muy tarde en la cocina.

—¿Te contaron? En el centro del pueblo aparecieron unos cerdos sin dueño —dice la madre con las manos juntas, entrelazadas sobre sus labios.

—Díos mío, ¿y los cerdos tenían una marca, o alguna placa? —responde la abuela mientras se echa la bendición con la mano derecha. La madre de los niños piensa un momento antes de responder.

—Sí —dice, con cierta duda—, vi que algunos tenían como unas letras, en los costados, como las letras con las que marcan al ganado.

—Otra vez —dice la abuela—, otra vez esas letras.

El niño Tiberio escucha lo que conversan las dos mujeres. Aunque tiene los ojos cerrados, está despierto. Piensa en el sueño que tuvo la otra noche, y trata de recordar qué sonidos hacían esas aves que llegaban al valle.

Nina sueña que va de camino al colegio y se encuentra con una ranita de color azul. La niña se agacha y le ofrece la mano para que el animalito salte y se pose sobre la palma. La ranita la mira, un poco asustada, y se queda inmóvil. ¿Es verdad que ustedes vienen del mar?, pregunta Nina. Cuando la ranita va a responder, el sueño se interrumpe. Al despertar, mamá Magnolia está de pie junto a ellos.

—Hoy no irán a la escuela. Hay que empacar nuestras cosas —ordena la madre mientras recoge unas medias y unos juguetes del piso.



# La huida

La abuela recoge los tejidos de sueños que estaban colgados en el patio.

—¿Y el gallo? —pregunta Tiberio— ¿Se fue?

Ni la abuela ni la madre responden. Van de un lado para otro con ropa, platos y chécheres en sus manos. Mamá Rosa enciende la radio para oír las noticias, pero no escucha más que un ruido turbio, como el zumbido de muchas abejas. El señor gigante está sentado sobre una mecedora, tarareando canciones incomprensibles al son del ir y venir de la silla de madera. El valle está frío, nublado y en silencio, como si todas las personas hubieran desaparecido sin decir adiós y solo quedaran los grillos y las ranas.



Nina se acerca a Tiberio para contarle sobre su sueño con ranas azules: yo creo que vienen del mar. Pero Tiberio no le presta atención, se queda quieto

mirando la montaña, como hipnotizado por las nubes grises que poco a poco se tornan de un violeta intenso, muy parecido al cielo que vio en sueños. En su mente resonaba la voz de las estrellas: es cuestión de tiempo para que lleguen.

La abuela se agacha despacio y sujeta cariñosamente a Tiberio y a Nina con ambos brazos.

—Ayúdenos a empacar, niños, después van a poder jugar un rato... ¿De acuerdo?

La abuela Rosa intenta negociar con los niños pero Nina no deja de hacer muecas y Tiberio sigue callado, observando la colina donde queda el colegio.

—¿Por qué tenemos que empacar? ¿A dónde vamos? ¿y qué pasará con la escuela? —Nina le hace preguntas a su abuela, a su madre y a Tiberio, pero nadie responde. El cielo se pone cada vez más violeta y la luz que entra por la ventana de la casa parece el resplandor de un aviso de neón. La abuela se escandaliza al ver las nubes acercarse hacia ellos— Tendremos que darnos prisa, ¡hay que irnos rápido! —advierte mientras da vueltas de un lado para otro y recoge todo lo que queda en la casa.





Tiberio se acerca al señor, que no para de tararear la misma melodía.

—¿Ya te canté la canción de los animales que van a la escuela? —le pregunta el señor al niño— Acabo de recordarla, sí, te gustará, el gallo también va a la escuela.

—¿El gallo? —pregunta Tiberio extrañado.

—Así es, junto a la vaca y los cerdos. Es cuestión de tiempo para que lleguen —agrega el señor gigante.

—¿Para que lleguen quiénes? ¿Ellos tienen al gallo? —pregunta Tiberio en voz baja, acercándose cada vez más al señor.

—Los duendes... —responde el señor— Los duendes llegan por la noche y destruyen todo lo que encuentran. Son ladrones de comida y de casas, pero son diferentes a los patos, que se burlan de los perros, los cerdos y las vacas, ahhh, esos patos... Los duendes y los patos no se la llevan muy bien que digamos. Cuando se encuentran, es mejor estar bien lejos de ellos.

La madre y la abuela, que hasta el momento creían que el gigante sin memoria estaba loco, se miran aterradas por lo que están escuchando.

—¿Y por qué los duendes y los patos no son amigos? —pregunta Nina.

—No lo sé —dice el señor gigante mientras se rasca la cabeza—, tendríamos que preguntarles.

—¿Y dónde están esos duendes? —pregunta Tiberio.

—A veces llegan a vivir a las escuelas, cuando ya no hay nadie allí. Son traviesos y les gusta cantar mientras le prenden candela a todo —responde el señor en voz baja.

La madre interrumpe con la excusa de que ya es muy tarde. Tienen que comer porque saldrán en un par de horas. Acomoda a los niños en la mesa, les sirve unos huevos, los últimos que quedan, con arepas y café. A Pepa le sirve agua y granitos de atún. Les promete que todo va a estar mejor, que a donde van podrán salir a jugar y que irán a otra escuela donde tendrán nuevos amigos. Pepa dobla la cabeza hacia un lado y sacude las orejitas; Nina deja escapar algunas lágrimas; no quiere ir a otra

escuela ni tener otros amigos ni amigas. Tiberio se queda en silencio.

La madre deja las maletas listas en la puerta y sale con la abuela hacia la panadería del pueblo, a ver si encuentran algo para comer en el camino. Las calles están casi vacías y a lo lejos se escuchan estallidos, como cuando la gente quema pólvora en navidad, solo que esta vez nadie celebra nada y al mirar hacia arriba no hay fuegos artificiales ni espectáculos de luces, solo esa bruma violeta y un enjambre de aves negras cayendo en picada hacia el valle. Madre y abuela se miran a los ojos y se toman de las manos con fuerza al reconocer las sombras de esos pájaros. Al llegar a casa, alistan sus provisiones: pan de queso, un termo con café, pastillas de chocolate, guayabas y tamales de maní.

—No nos queda mucho tiempo ¿Cuál será el camino más seguro? —le pregunta la madre al señor gigante.

—Tenemos que seguir a las ranas —responde el señor y con el dedo índice señala la colina donde queda el colegio—. Ellas saben por dónde se llega a donde hay que llegar. Pero hay que hacerlo antes de que amanezca —dicho esto se incorpora y, listo

para emprender el viaje, toma la maleta con comida y una bolsa con colchas de sueños.

—Si me tengo que quedar en el camino, prométeme que seguirás con los niños... No se vayan a quedar por mi culpa —le dice la abuela a la madre mientras toma sus manos con fuerza entre las suyas y deja escapar un par de lágrimas. Lloran despacio, sin hacer mucho ruido, no sea que alguien las pueda escuchar.

—Todo estará bien. Cuando las ranas dejen de croar, será momento de descansar, porque eso querrá decir que hemos dejado atrás el peligro. Cuando podamos mirar hacia el horizonte y hayamos cruzado las montañas, veremos el mar. El mar y solo el mar, y más allá las islas, donde se puede vivir en paz —les dijo el señor gigante, que cada vez recordaba más palabras, mientras sostenía a la madre y a la abuela en un solo gran abrazo.

La madre suspira, limpia sus lágrimas. La abuela estira la espalda y se prepara para un largo camino. De pronto, se escuchan los gritos de Nina desde adentro de la casa:

—¡Tiberio! ¡Tiberio! ¡Tiberio no está!



# ¿Dónde está Tiberio?

La familia busca al niño por toda la casa, pero no aparece por ningún lado. La abuela de los niños llora desconsolada.

—Tiberio, Tiberio, ¿a dónde se me fue el Tiberio? — grita la abuela. El señor gigante se le acerca.

—Shhh, hablemos pasito para que no nos oigan, que ya vienen —le dice.

—¿Dónde están? —pregunta la abuela— ¿Puedes oírlos?

Empieza a sonar a lo lejos como si todos los árboles se quebraran al mismo tiempo y el viento hiciera volar las hojas del bosque entero. Las casas, los jardines, la ropa tendida en las cuerdas, las tiendas de fruta y verdura, las cometas de los niños, todo el

pueblo es agitado por una repentina tormenta que retumba como graznido de animal furioso.

—Ya entraron los patos al pueblo —dice el señor gigante—. Tenemos que salir por el patio, hay que seguir el camino de las ranas. Ellas saben dónde está Tiberio.

—¿Las ranas? —pregunta abuela Magnolia.

—Todas las ranas van al mar. Si Tiberio está con las ranas, es porque Tiberio se fue al mar —dice Nina. El señor la mira y le hace un guiño con el ojo.

—Sí, todas van para el mar —dice él— pero no podemos decirlo en voz alta... ¡Vamos, vamos!

Entonces se van. Las dos mujeres, la niña y el señor gigante, salen por el patio, entre el monte, siguiendo el camino de los grillos y las ranas. Nina conoce muy bien ese camino, así que va adelante con Pepa, que vuela ágil sobre la maleza con sus alitas de murciélago, y con el señor, que se encarga de ayudar a la abuela a caminar entre las plantas. Caminan, caminan y caminan durante casi una hora, despacio, con cuidado, esquivando la

vegetación y en medio de la oscuridad, guiados por un débil resplandor azul que sale de la luna.

—¿De dónde vienen esos patos y esos duendes? — pregunta la madre de los niños.

—Son los mismos —dice el señor gigante—. Son otros... pero son los mismos.

—Sí, los mismos del sur —dice la abuela, cansada por la caminata—. La misma gente que nos sacó del sur. Pero ahora vienen del norte, esta vez. Los mandaron para acá a quitarnos los tejidos, para sembrar esos algodones de azúcar en todas las tierras —la abuela tose, porque le falta el aire.

—¿A qué horas pasó todo esto? Siento que no puedo creerlo —dice la madre.

—Silencio. Caminen despacio. Ya casi vemos a los duendes.

—No entiendo... ¿A qué venimos a la escuela? —pregunta Nina, un poco confundida...

—Vamos a ver si acá está... —responde el señor mientras levanta un matorral para despejar el

camino, y justo en ese momento, aparecieron los duendes.

Uno de ellos salió al paso, con una vara de guadua en una mano y un pez espada en la otra. Se tomaron la escuela, la llenaron de carpas, escribieron sobre los muros y amontonaron las sillas, los escritorios y los cuadernos en una gran pila que parecía una montaña de basura. Alrededor de ella, amarraron a unos pollos y a unas gallinas. En la cancha de fútbol habían hecho una gran fogata y, al lado del fuego estaba Tiberio, sentado sobre un tronco, con los pies atados, abrazado al gallo que había aparecido en el patio.

—¡Tiberio! —grita la madre— ¡Tiberio! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Y esta gente quién es?

—Quédese tranquila, señora —le dice un duende chiquito y arrugado, montado sobre una cabra negra.

—¡Tiberio! ¡Ven para acá! —dice la madre.

Tiberio, sentado junto al fuego con los otros duendes, la mira con los ojos aguados, pero no puede acercarse a ella.



—Tiberio, Tiberio...

—¿Qué están haciendo aquí? —dice el señor gigante.

—Usted sabe qué estamos haciendo aquí, don Emilio —responde uno de los duendes, refiriéndose al señor gigante.

—No se haga el que no sabe —agrega otro duende, uno de los que estaba avivando la candela.

—Tiberio, niño, nos tenemos que ir —dice la abuela, que ya estaba algo cansada, con poco aliento para hablar.

—El niño se queda con nosotros —dice el duende que monta la cabra negra.

—¿verdad, niño Tiberio? —le pregunta el señor gigante.

Tiberio no dice nada. Tiene al gallo abrazado, apretado contra su regazo.

—¡Están locos si creen que les vamos a dejar al niño aquí! —grita la mamá.

El señor gigante se acerca a la fogata. Dos duendes le salen al paso. Lo detienen con sus guadas y le apuntan con afilados peces espada. Pero el señor les hace una seña con las manos, las alza para decirles que va en son de paz, y ellos guardan los peces. Dejan que el señor se acerque al niño.

—Tiberio, muchacho, tu abuelita está enferma. Tienes que irte con ella. Además, allá donde van, hay más gallos, y más amigos y amigas, y mira: tienes que acompañar a tu mamá y a tu abuela —le ruega el señor gigante al niño.

Tiberio niega con la cabeza. Se le salen algunas lágrimas.

—Ya no hay escuela —dice el niño—, la destruyeron.

—Sí —responde el señor—, y van a destruir el pueblo. No te puedes quedar aquí. Déjame yo me encargo de esto.

Tiberio se seca las lágrimas y mira a su mamá y a su abuelita, a su hermana Nina, que está escondida detrás de la madre.

—¿Y no me puedo llevar al gallo? —pregunta Tiberio.  
Uno de los duendes se acerca.

—El gallo es para el sancocho, compañero Tiberio —  
le dice el duende pequeño de orejas puntiagudas y  
todos los otros duendes sueltan una carcajada.

—¡No! ¡No! —el niño se levanta y grita.

Los duendes se ponen alerta, levantan sus espadas y amenazan al niño con granadas de puercoespín marino.

—¡Cállate! ¡Cállate! —dice el duende más viejo. Otro  
duende se le acerca y le arrebató el gallo.

Tiberio cae sentado sobre la tierra y abre la boca,  
como si fuera a llorar. Pero no llora.

—Tomen la casa si quieren —les dice el señor gigante— y déjenlos ir, que ellos no tienen nada que ver. Yo me quedo, les seré más útil; puedo cocinar, sembrar, cuidar animales. Soy yo a cambio del niño.

Los duendes se reúnen en círculo y hablan entre ellos. Desatan a Tiberio y lo empujan hacia su familia. La madre de Tiberio lo sujeta y le limpia el barro.

—Nos vamos ya —dice la madre.

—Por acá y más arriba —dice el señor gigante—. Las ranas irán con ustedes hasta que empiece a salir el sol. Cuando lleguen al lugar desde donde se ve todo el valle y todas todas las nubes, descansan. Allá pueden dormir. En la madrugada, las luciérnagas iluminarán la superficie de las montañas y es ahí cuando sabrán que faltará poco, muy poco, para ver el mar.

La abuela tose. Y Nina llora, despacito, abrazada a Pepa.

—¡Tiberio! —dice el señor— toma esto. Mi palo de lluvia, contiene la canción que hace olvidar las cosas tristes. Escúchala cuando te sientas perdido; la música siempre te guiará de regreso a casa.

La abuela de los niños abraza al señor gigante.

—Gracias por todo, Dios lo bendiga, cuídese mucho —le dice la abuela.

—Shhh —dice el señor—, el agradecimiento es mío. Les debo la vida. Váyanse ya.

Se van. Caminan y caminan.

Al cabo de unas horas, se detienen y miran hacia atrás. Columnas de humo y llamaradas se ven allá donde quedaba el pueblo. La madre de los niños y la abuela miran el suelo, tristes.

—¿Falta mucho para llegar al mar? —pregunta Nina.

—No mucho —dice la abuelita, y se agacha para abrazar a la niña.

El cielo comienza a aclarar. Un azul claro y suave con manchas rosadas en el borde de las montañas.

—¿Ves esas estrellitas que hacen como un caminito en el cielo? —pregunta la abuela.

La niña dice que sí, que las ve.

—Bien, bien...

Parecen granitos de arena, pero muy brillantes, como los brillantes que a veces la mamá y la abuela ponían en los tejidos de sueños...

—Sí, eso es. Como los puntos brillantes en los sueños —dice la abuela—, pues esas estrellitas también van para el mar, ya vas a ver...

—¿Y las estrellas pueden nadar en el mar? —pregunta Nina...

La abuela se ríe. Se ríe y tose. La madre de los niños les ofrece un poco de agua con panela, para recargar energías. "Vamos", dice. "Vamos". Entonces se quita una de las mantas que lleva encima y se la pone a la abuela.

Nina corre hacia Tiberio y le cuenta lo de las estrellas. Tiberio se ríe y alza los hombros.

—Yo ya sabía —dice—, ya me lo habían contado.

Atrás de ellos queda un valle en el que las nubes descienden y se deslizan sobre la tierra, sobre los cultivos de algodón de azúcar, formando unos inmensos mantos de bruma, unos grandes campos de niebla que no dejan ver nada, que borran todo lo que hay, lo que hubo.

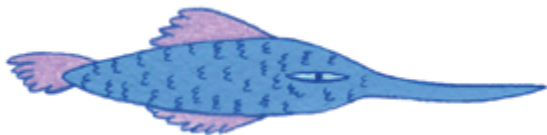
Adelante de ellos, mucho más adelante, aparecerá el mar, con sus costas y sus islas, con el sol brillante y con su gente, con sus días largos.

—¿Qué llevas en los bolsillos? —le dice Nina a Tiberio.

—Nada —dice él—... Nada.

Pero ella ve que de uno de los bolsillos sale el palo de lluvia, y del otro se asoma una pluma de gallo.

—Bueno —dice Nina—, pues entonces nada.





Este libro hecho a mano se terminó de imprimir en julio del 2023 en Cali, Colombia. Se usó papel bond 90 gr para las páginas internas y Linen Pure White 220 gr en la carátula. El cuerpo de texto está diseñado con la tipografía **Elza Text** (Daniel Sabino de Blackletra) y las variaciones con **Magasin** (Laura Meseguer de Type-Ø-Tones).





Le hice a Violeta un encargo nada sencillo: adentrarse en la nebulosa complejidad de un proyecto de investigación doctoral de mi autoría, y tomar de allí las voces, los gestos, las frases y los experimentos poéticos que tramamos —durante la pandemia de 2020— con un grupo de chicas y chicos de séptimo grado y con su profe, mi amiga Jenny Morales. Violeta aceptó el encargo. Leyó las cartas, escuchó las notas de voz, me hizo preguntas que me llevaron otra vez a esos meses raros y abismales del 2020. Alguna vez pensé, después de hablar con Violeta, que este encargo mío era como pedirle a alguien sumamente sensible y talentoso que se adentre en tus paisajes soñados y traduzca lo que ve, lo que oye, lo que siente. Y sí, claro que sí. Eso es lo que hoy nos da Violeta: su bellísima adaptación de aquel sueño.

ISBN: 978-958-19-9872-9

